

que venian á la fe. Y aunque todos los varones y muchas mujeres iban á los Apóstoles, pero otras muchas despues de oirlos acudian á la Magdalena y á sus compañeras; y ellas las catequizaban, enseñaban, y convertian á otras que llegaban á la fama de los milagros que hacian; porque esta gracia tambien se comunicó á las mujeres santas, que curaban todas las enfermedades con solo poner las manos sobre las cabezas, daban vista á ciegos, lengua á los mudos, piés á los tullidos, y vida á muchos muertos. Y aunque todas estas y otras maravillas hacian principalmente los Apóstoles; pero unos y otros admiraban á Jerusalem y la tenian puesta en asombro, sin que se hablase de otra cosa, sino de los prodigios y predicacion de los Apóstoles de Jesús, de sus discipulos, y seguidores de su doctrina.

84. Extendiase la fama de esta novedad hasta fuera de la ciudad; porque ninguno llegaba con enfermedad que no fuese sano de ella. Y fueron entonces mas necesarios estos milagros, no solo para confirmacion de la nueva ley y fe de Cristo Señor nuestro, sino tambien porque el deseo natural que tenian los hombres de la vida y salud corporal los estimulase, para que viniendo á buscar la mejoría de los cuerpos, oyesen las palabras divinas, y volviesen sanos de cuerpo y alma, como sucedia comunmente á cuantos llegaban á ser curados de los Apóstoles. Con esto se multiplicaba cada dia el número de los creyentes; cuyo fervor en la fe y caridad era tan ardiente, que todos comenzaron á imitar la pobreza de Cristo, despreciando las riquezas y haciendas propias, ofreciendo cuanto tenian á los piés de los Apóstoles, sin reservar ni reconocer cosa alguna por suya ¹. Todas las hacian comunes para los fieles, y todas querian desembarazarse del peligro de las riquezas, y vivir en pobreza, sinceridad, humildad y oracion continua, sin admitir otro cuidado mas que el de la salud eterna. Todos se reputaban por hermanos y hijos de un Padre que está en los cielos ². Y como eran comunes para todos la fe, la esperanza, la caridad y los Sacramentos, la gracia y la vida eterna que buscaban; y por eso les parecia peligrosa la desigualdad entre unos mismos cristianos hijos de un Padre, herederos de sus bienes, y profesores de su ley; disonábales, que habiendo tanta union en lo principal y esencial, fuesen unos ricos y otros pobres, sin comunicarse estos bienes temporales como los de la gracia; pues todos son de un mismo Padre para todos sus hijos.

85. Este fue el dorado siglo y dichoso principio de la Iglesia

¹ Act. II, 45. — ² Matth. XXIII, 9.

evangélica, donde el impetu del rio alegró la ciudad de Dios ¹, y el corriente de la gracia y dones del Espiritu Santo fertilizó este nuevo paraíso de la Iglesia recién plantado por la mano de nuestro Salvador Jesús, estando en medio del árbol de la vida María santísima. Entonces era la fe viva, la esperanza firme, la caridad ardiente, la sinceridad pura, la humildad verdadera, la justicia rectísima; cuando los fieles ni conocian la avaricia ni seguian la vanidad, hollaban el fausto, ignoraban la codicia, la soberbia, la ambicion, que despues han prevalecido tanto entre los profesores de la fe, que se confiesan por seguidores de Cristo, y con las obras le niegan. Darémos por descargo, que entonces eran las primicias del Espiritu Santo ², y que los fieles eran menos; que los tiempos ahora son diferentes, y que vivia en aquellos en la santa Iglesia la Madre de la sabiduria y de la gracia María santísima nuestra Señora, cuya presencia, oraciones y amparo los defendian y confirmaban para creer y obrar heroicamente.

86. A esta réplica responderémos en el discurso de esta Historia, donde se entenderá que por culpa de los fieles se han introducido tantos vicios en el término de la Iglesia, dando al demonio la mano, que él mismo con su soberbia y malicia aun no imaginaba que conseguiria entre los cristianos. Y solo digo ahora, que la virtud y gracia del Espiritu Santo no se acabaron en aquellas primicias. Siempre es la misma, y fuera tan eficaz con muchos hasta el fin de la Iglesia, como lo fue en pocos en sus principios, si estos muchos fueran tan fieles como aquellos pocos. Verdad es que los tiempos se han mudado; pero esta mudanza de la virtud á los vicios, y del bien á el mal no consiste en la mudanza de los cielos y de los astros, sino en las de los hombres, que se han desviado del camino recto de la vida eterna, y caminan á la perdicion. No hablo ahora de los paganos y herejes, que del todo han desatinado, no solo con la luz verdadera de la fe, y de la misma razon natural. Hablo de los fieles, que se precian de ser hijos de la luz, que se contentan con solo el nombre, y tal vez se valen del para dar color de virtud á los vicios, y rebozar los pecados.

87. De las maravillas y grandiosas obras, que hizo la gran Reina en la primitiva Iglesia, no será posible en esta tercera parte escribir la menor de ellas; pero de lo que escribiré, y de los años que vivió en el mundo despues de la Ascension, se podrá inferir mucho; porque no cesó ni descansó, ni perdió punto ni ocasion en que no

¹ Psalm. XLV, 5. — ² Rom. VIII, 23.

hiciera algun singular favor á la Iglesia en comun ó en particular, así orando y pidiéndolo á su Hijo santísimo, sin que nada se le negase, como exhortando, enseñando, aconsejando y derramando la divina gracia, de que era tesorera y dispensadora por diversos modos entre los hijos del Evangelio. Y entre los ocultos misterios que sobre este poder de María santísima se me han manifestado, uno es, que en aquellos años que vivió en la Iglesia santa fueron muy pocos respectivamente los que se condenaron; y se salvaron mas que en muchos siglos despues, comparando un siglo con aquellos pocos años.

88. Yo confieso que esta felicidad de aquel mas que dichoso siglo nos pudiera causar santa envidia á los que nacemos en la luz de la fe en los últimos y peores tiempos, si con la sucesion de los años fiera menor el poder, la caridad y clemencia de esta suprema Emperatriz. Verdad es que no alcanzamos aquella dicha de verla, tratarla y oirla corporalmente con los sentidos; y en esto fueron mas bienaventurados que nosotros aquellos primeros hijos de la Iglesia. Pero entendamos todos, que en la divina ciencia y caridad de esta piadosa Madre estuvimos presentes, aun en aquel siglo¹; porque á todos nos vió y conoció en el orden y sucesion de la Iglesia, que nos tocaba nacer en ella; y por todos oró y pidió, como por los que entonces vivian. Y no es ahora menos poderosa en el cielo, que entonces lo era en la tierra: tan Madre nuestra es, como de los primeros hijos; y por suyos nos tiene como los tuvo á ellos. Mas ¡ay dolor! que nuestra fe, nuestro fervor y devocion es muy diferente: no se ha mudado ella, ni su caridad es menos ahora, ni lo fuera su intercesion y amparo, si en estos afligidos tiempos acudiéramos á ella reconocidos, humillados y fervientes, solicitando su intercesion, y dejando en sus manos nuestra suerte con segura esperanza de el remedio, como lo hacian aquellos devotos y primitivos hijos; que sin duda conociera luego toda la Iglesia católica en los fines el mismo amparo que tuvo en esta Reina en sus principios.

89. Volvamos al cuidado que tenia la piadosa Madre con los Apóstoles y con los recién convertidos, atendiendo al consuelo y necesidad de todos y de cada uno. Exhortó y animó á los Apóstoles y ministros de la divina palabra, renovando en ellos la atencion que debian tener del poder y demostraciones tan prodigiosas con que su Hijo santísimo comenzaba á plantear la fe de su Iglesia; la virtud que el Espíritu Santo les habia comunicado para hacerlos ministros

¹ Part. II, n. 789.

tan idóneos; la asistencia que siempre conocieron del poderoso brazo del Altísimo; que le reconociesen y alabasen por Autor de todas aquellas obras y maravillas; que por todas ellas diesen humildes agradecimientos; y con segura confianza prosiguiesen la predicacion y exhortacion de los fieles, la exaltacion del nombre del Señor, que fuese alabado, conocido y amado de todos. Esta doctrina y amonestacion que hizo al colegio apostólico ejecutaba ella primero con postraciones, humillaciones, alabanzas, cánticos y loores al Altísimo. Y esto era con tanta plenitud, que por ninguno de los convertidos dejó de hacer gracias y peticiones fervorosas al eterno Padre; porque á todos los tenia presentes en su mente con distincion.

90. Y no solo hacia por cada uno estas obras; pero á todos los admitia, oía y acariciaba con palabras de vida y luz. Y aquellos dias despues de la venida del Espíritu Santo muchos la hablaron en secreto, manifestándola sus interiores, y lo mismo sucedia despues de los que se convertian en Jerusalem, aunque no los ignoraba la gran Reina; porque conocia los corazones de todos, sus afectos, inclinaciones y condiciones; y con esta divina ciencia y sabiduría se acomodaba á la necesidad y natural de cada uno; y le aplicaba la medicina saludable que pedia su dolencia. Por este modo hizo María santísima tan raros beneficios y tan grandes favores á innumerales almas, que no se pueden conocer en ésta vida.

91. Ninguno de los que la divina Maestra informó y catequizó en la fe (*) se condenó; aunque fueron muchos á los que alcanzó esta feliz suerte: porque entonces, y despues todo lo que vivieron, hizo especial oracion por ellos, y todos fueron escritos en el libro de la vida. Y para obligar á su Hijo santísimo le decia: *Señor mio y vida de mi alma, por vuestra voluntad y agrado volvi al mundo para ser Madre de vuestros hijos, y mis hermanos los fieles de vuestra Iglesia. No cabe en mi corazon que se pierda el fruto de vuestra sangre, de infinito precio, en estos hijos que solicitan mi intercesion; ni han de ser infelices por haberse valido de este humilde gusanillo de la tierra para inclinar vuestra clemencia. Admitidlos, Hijo mio, en el número de vuestros predestinados y amigos para vuestra gloria.* Á estas peticiones le respondió luego el Señor, que se haria lo que pedia. Y lo mismo creo yo sucede ahora con los que merecen la intercesion de María santísima, y la piden de todo corazon; porque si esta purísima Madre llega á su Hijo santísimo con semejantes peticiones, ¿cómo se puede imaginar que le negará lo poco el que la dió todo su

(*) Véase la nota IV.

mismo ser, para que le vistiese de la carne y naturaleza humana, y en ella le criase y alimentase á sus virginales pechos?

92. Muchos de aquellos nuevos fieles, con el concepto tan alto que sacaban de oír y ver á la gran Señora, volvian á ella y la llevaban joyas, riquezas y grandes dones; y especialmente las mujeres se despojaban de sus galas para ofrecerlas á la divina Maestra. Pero ninguna de todas estas cosas recibió ni admitió. Y si alguna convenia recibir, disponia los ánimos ocultamente para que acudiesen á los Apóstoles, y que ellos dispensasen de todo esto, repartiéndolo con caridad, equidad y justicia entre los fieles mas pobres y necesitados. Pero agradecialo la humilde Madre, como si lo recibiera para sí misma. Á los pobres y enfermos admitia con inefable clemencia, y á muchos curaba de enfermedades envejecidas y antiguas. Y por mano de san Juan remedió grandes necesidades ocultas, atendiendo á todo sin omitir cosa alguna de virtud. Y como los Apóstoles y discípulos se ocupaban todo el dia en la predicacion y conversion de los que venian á la fe, cuidaba la gran Reina de prevenirles lo necesario para su comida y sustento; y llegada la hora servia personalmente á los sacerdotes hincadas las rodillas, y pidiéndoles la mano con increíble humildad y reverencia para besársela. Esto hacia especialmente con los Apóstoles, como quien miraba y conocia sus almas confirmadas en gracia, y los efectos que en ellas habia obrado el Espíritu Santo, y la dignidad de sumos sacerdotes y fundamentos de la Iglesia ¹. Algunas veces los veia con gran resplandor que despedian, y todo le aumentaba la reverencia y veneracion.

Doctrina que me dió la gran Reina de los Ángeles.

93. Hija mia, en lo que has conocido de los sucesos de este capítulo hallarás encerrado mucho del misterio oculto de la predestinacion de las almas. Advierte como para todos fue poderosa la redencion humana, pues fue tan superabundante y copiosa ². Á todos se les propuso la palabra de la Verdad divina, cuantos oyeron la predicacion ó llegó á su noticia en los efectos de la venida de mi Hijo al mundo. Y fuera de la exterior predicacion y noticia del remedio, á todos se les dieron interiores inspiraciones y auxilios, para que le admitiesen y buscasen. Y con todo esto te admiras que con el primer sermón del Apóstol se convirtiesen tres mil entre la mul-

¹ Ephes. II, 20. — ² Rom. V, 20.

titud grande que estaba en Jerusalem. Mayor admiracion podia causar que ahora se conviertan tan pocos al camino de la salud eterna, cuando está mas dilatado el Evangelio, la predicacion es frecuente, los ministros muchos, la luz de la Iglesia mas clara, y la noticia de los misterios divinos mas expresa: y con todo esto los hombres están mas ciegos, y los corazones mas endurecidos, y la soberbia mas levantada, la avaricia sin rebozo, y todos los vicios sin temor de Dios y sin recato.

94. En esta perversidad y suerte infelicísima no pueden los mortales querellarse de la altísima y justísima providencia del Señor, que á todos y á cada uno ofreció y ofrece su paternal misericordia, y enseña el camino de la vida y tambien de la muerte; y al que deja endurecer el corazon, es con rectísima justicia. De sí mismos se querellarán sin remedio los réprobos, cuando sin tiempo conozcan lo que en el tiempo oportuno podian y debian conocer. Si en la vida breve y momentánea, que se les concede para merecer la eterna, cierran los oidos y los ojos á la verdad y á la luz, y escuchan al demonio, entregándose á toda su impiísima voluntad, y usan tan mal de la bondad y clemencia del Señor, ¿qué pueden alegar en su descargo? Y si no saben perdonar una injuria, y por cualquiera ligero agravio intentan cruellísimas venganzas; por atesorar la hacienda pervierten todo el orden de la razon y fraternidad natural; por un torpe deleite se olvidan de la pena eterna; y sobre todo desprecian las inspiraciones, auxilios y avisos que Dios les envia, para que teman su perdicion, y no se entreguen á ella; ¿cómo se podrán querellar de la divina clemencia? Desengañense, pues, los mortales que han pecado contra Dios, que sin penitencia no hay gracia, y sin enmienda no hay remision, y sin perdon no hay gloria. Pero así como á ningun indigno se le concederá, tampoco se le negará al que fuere digno; ni jamás faltó ni faltará la misericordia para el que la quisiere granjear.

95. De todas estas verdades quiero, hija mia, que tú colijas los documentos saludables que te convienen. El primero sea, que recibas con atencion cualquiera inspiracion santa que tuvieres, cualquiera aviso ó doctrina que oyeres, aunque venga por mano del mas inferior ministro del Señor, ó de cualquiera criatura; y debes considerar prudentemente que no es acaso y sin disposicion divina que llegue á tu noticia: pues no hay duda que lo ordena todo la providencia del Altísimo para darte algun aviso; y así le debes recibir con humilde agradecimiento, y conferirlo en tu interior, para enten-

der qué virtud puedes y debes obrar con aquel despertador que te han dado, y ejecutarla como la entendieres y conocieres. Y aunque te parezca cosa pequeña no la desprecies; que por aquella obra buena te dispones para otras de mayor mérito y virtud. Advierte lo segundo, el daño que hace en las almas despreciar tantos auxilios, inspiraciones, llamamientos, y otros beneficios del Señor; pues la ingratitude que en esto se comete va justificando la justicia con que el Altísimo viene á dejar endurecidos muchos pecadores. Y si en todos este peligro es tan formidable, ¿cuánto lo será en tí, si malograses tan abundante gracia y favores como de la clemencia del Señor has recibido sobre muchas generaciones? Y porque todo lo ordena mi Hijo santísimo para tu bien y de otras almas; quiero últimamente que á imitacion mia (como lo has conocido) se engrende en tu corazon un cordialísimo afecto de ayudar á todos los hijos de la Iglesia, y á todos los demás que pudieres, clamando al Altísimo de lo íntimo de tu corazon, suplicándole mire á todas las almas con ojos de misericordia y que las salve. Y porque consigan esta dicha, ofréctete á padecer, si fuere necesario; acordándote le costaron á mi Hijo y tu Esposo derramar sangre y dar su vida para rescatarlos, y lo que yo trabajé en la Iglesia. El fruto de esta redencion pídelo tú á la divina misericordia continuamente, y para eso te impongo mi obediencia.

CAPÍTULO VII.

Júntanse los Apóstoles y discípulos para resolver algunas dudas en particular sobre la forma de el Bautismo; dánsele á los nuevos catecúmenos; celebra san Pedro la primera misa, y lo que en todo esto obró María santísima.

Razon de no proseguir en esta Historia el orden de los hechos apostólicos como lo escribió san Lucas. — Aumento de la Iglesia en los siete dias primeros despues de la venida del Espíritu Santo. — Oracion de María, para que el Señor diese luz á los Apóstoles de lo que convenia disponer para el gobierno de la Iglesia. — Dice el Señor á María que le pida. — Peticiones de la Madre de Dios por el bautismo de nuevos fieles y celebracion del sacrificio de la misa. — Razon de la humildad de María con que se detenia de proponerlo á los Apóstoles. — Respuesta del Señor concediéndole sus peticiones. — Proposicion de san Pedro á la Madre de Dios cerca del bautismo de los nuevos convertidos. — Respuesta de María remitiéndolo á él como cabeza de la Iglesia. — Ordenó san Pedro el bautismo para el dia siguiente. — Duda que se ofreció, sobre si se les habia de dar el bautismo de san Juan, ó el de Cristo. — Resolucion de que se les diese y introdujese el bautismo de Cristo. —

Forma de el Bautismo que se guardó siempre desde este dia. — Cómo se entiende el que bautizaban en el nombre de Jesús. — Proposicion que hizo María á la congregacion de los Apóstoles y discípulos, para que se comenzase á celebrar el sacrificio santo de la misa. — Determinóse el consagrar el dia siguiente, y que san Pedro como cabeza de la Iglesia fuese el sacerdote. — Proposicion que hizo san Pedro sobre la forma con que se habian de dispensar y distribuir las limosnas que les ofrecian. — Diversos medios que se propusieron, hallándose embarazados. — Pidieron san Pedro y san Juan á María los encaminase en aquella duda. — Respuesta de María declarando la altísima pobreza que vino á enseñar su Hijo al mundo. — Exhórtalos á la imitacion y práctica de la pobreza de Cristo. — Medio que les dió para recibir las ofrendas y limosnas. — Señala el uso para las necesidades comunes. — Propone el medio de la mendicacion para cuando las limosnas ofrecidas no bastaren. — Abrazó la Iglesia primitiva la pobreza como la propuso María. — Razon de no haber remitídose á otro que Cristo y su Madre la doctrina y asiento de la pobreza evangélica. — Perseveró esta pobreza muchos años en la Iglesia, y despues se redujo á solo el estado eclesiástico. — Renovóse en las religiones. — El primer paso en la imitacion y secuela de Cristo es la pobreza voluntaria. — Como previno y aliñó María por sus manos el cenáculo y lo demás necesario para que se celebrase en él el sacrificio de la misa. — Previno tambien lo necesario para el bautismo de los catecúmenos. — Preparacion que hizo para recibir á su Hijo sacramentado. — Sermón que hizo san Pedro á los catecúmenos antes de bautizarlos. — Orden con que se hizo el bautismo. — Asistencia de María y vista de los efectos que en cada uno hacia. — Á vista de todos descendia del cielo una clarísima luz sobre cada uno de los bautizados. — Pasaron de cinco mil los que se bautizaron este dia. — Preparacion de los Apóstoles y discípulos para comulgar. — Forma de la primera misa que celebró san Pedro. — Comulgó á María despues de los Apóstoles. — Efectos admirables que hizo esta comunión en la Madre de Dios. — Comulgaron los discípulos y mil de los recién bautizados. — Comulgaron María, los Apóstoles y discípulos en entrambas especies; los recién bautizados en solas las de pan. — Razon de esta diferencia. — Desde la primitiva Iglesia comenzó la costumbre de comulgar en solas las especies de pan los que no consagraban. — Forma en que terminó aquella misa despues de la comunión. — Singularísima caridad con los hijos de Adán que infundió el Señor á María, cuando en el cielo la dió título de Madre y Maestra de la Iglesia. — Efectos admirables de este amor. — Rompióse físicamente en esta comunión el corazon de María, y dentro dél se depositó su Hijo sacramentado. — Cuánto se ofende María de la indigna comunión de los fieles. — Leccion para comulgar con perfeccion. — Reverencia exterior que usaba la discípula para comulgar. — Está en el cuerpo de Cristo consagrado parte de la propia sangre y sustancia de su Madre. — Llanto que se debe hacer de la irreverencia y indignidad con que reciben muchos á Cristo sacramentado. — Causa de ser tantos los que ahora se condenan en la Iglesia.

96. No pertenece al intento de esta Historia proseguir en ella el orden de los hechos apostólicos, como lo escribe san Lucas, ni referir todo lo que hicieron los Apóstoles despues de la venida del Es-